

tóteles, deducir que la ciudadanía está en la naturaleza y que el hombre es animal sociable; á Crisipo, calificar á las criaturas de iguales y racionales; á Cicerón, declarar en público que nada es tan grande y digno de las almas elevadas, como tener bastante imperio sobre sí mismas para olvidar las injurias; y en fin, á Séneca formular este raciocinio: "Todo este universo en que vivimos es uno y sujeto á un Dios, y por eso somos socios y miembros de la Divinidad, y por eso naturalmente somos hermanos todos los hombres." Mas ¿qué resonancia podían hallar esos acentos aislados en medio del clamor de las turbas, que decían con Metrodoro: "Ni aun sé que no sé nada;" con Gorgias, "que nada existe, y que aunque existiera sería imposible conocerlo;" con Polo y Trasimeno, no admitiendo diferencia entre el bien y el mal; con Pródico, acusando á la naturaleza de haber dado al hombre con la vida el don más funesto; con Calcicles, proclamando como único derecho el del más fuerte; con Antístenes, fundando la bondad en la belleza y lo malo en la fealdad; con el mismo Platón, prohibiendo á las madres llegar á conocer á sus hijos; con Epicuro, buscando la dicha en las sensaciones placenteras y evitando las dolorosas; con los discípulos de Zenón el chipriota, manifestando una imperturbabilidad que llegó á ser feroz; con Carneades, confundiendo la justicia y la utilidad; y con el propio Cicerón, fluctuando de continuo de una en otra escuela, de uno en otro engaño, sin guía, en medio de aquellas tinieblas que flotaban sobre la inteligencia, como las de que estaba rodeado el caos primitivo?

Y como eran las doctrinas filosóficas, así también las costumbres y las leyes: *extranjero* y *enemigo* eran dicciones sinónimas; los infelices deudores estaban amenazados con la esclavitud y podían ser decapitados y hasta hechos pedazos, para que su dueño pagara con los trozos de las carnes de aquellos lo que debía á sus propios acreedores; los ancianos, á quienes se veía con respeto en unos pueblos, en otros se les condenaba, por razón de su decrepitud, á ser precipitados desde lo alto de un puente ó estrellados contra una roca y hasta á ser muertos y (¡qué horror!) comidos para dispensárseles una honra; los pobres que carecían de pan y lo pedían, eran condenados á morir y se te-

nía su indigencia como un oprobio, como una infamia, como una inmundicia, "como un pozo seco é infecto donde la vista no puede penetrar sin repugnancia." Los niños débiles y mal constituidos eran arrojados de lo alto del Taigeto, ó el padre debía matarlos sin dilación, ó eran ahogados como seres inútiles; los artesanos recibían el tratamiento que se da á la gente despreciable, vil, sórdida é incapaz de conocerse á sí misma, según las expresiones de varios de los más grandes genios de la antigüedad; y por eso se asentaba sin réplica, que ningún hombre libre debía ocuparse en las obras propias de aquellos; (1) la servidumbre, en fin, era tenida por un estado de derecho natural: los esclavos eran cosas, según la ley, no personas ni hombres; ninguna injuria les alcanzaba, ningún sentimiento les estaba permitido; se experimentaban en ellos los venenos de que usaban sus señores para ejercer el crimen; se les quemaba á fuego lento, se les dejaba morir de hambre ó pudrirse después de descuartizados; se les sometía, en fin, á los mayores tormentos, por la falta más mínima; debiendo tenerse presente, que los infelices que tal sufrían, eran en número tan superior á sus dueños, que se temió hacerlos distinguir de los libres, para que no conocieran cuán pocos eran estos.

Cuarenta siglos contaba el mundo de existencia cuando esos elementos de disolución fermentaban en él. Era precisa una purificación grandiosa, sublime, extraordinaria, para que la tierra se regenerara. Pero ¿qué hombre, por poderoso, por santo que fuera, habría de intentar esa empresa que requería poder bastante para mudarle todo y en todos los pueblos? ¿qué Verbo era necesario para que compenetrara en el espíritu empedernido de los hombres así viciados, ingiriendo en ellos la idea de los derechos desconocidos y de las virtudes proscriptas? ¿Sería humanamente posible que la doctrina que ni presentían los mayores sabios, la que ensalza al miserable y humilla al soberbio, pudiera hallar no eco simpático, mas siquiera acogida que no fuera burlesca, en aquellas sociedades entregadas al culto de la materia y envilecidas con la práctica de todos los vicios? . . . . .

¡Oh criaturas, descorred el velo de la Historia, para que admireis el espectáculo radiante y maravilloso que se presenta á



vuestras miradas, al querer investigar el secreto divino de la transformación social! La solitaria colina de Djebel Koioum-Hattin, situada á tres horas al occidente de Cafarnaum y que domina la extensa llanura que atraviesa el camino de Akra al lago de Tiberíades; aquella colina que por los dos picos que la coronan, ha recibido tal nombre árabe, (2) está inundada con las primeras luces del día que hacen chispear los rotos guijárros de que está salpicada y fulgurar, como las plumas del rápido colibrí, la praderita cubierta de césped que, cual joyel en su estuche, se oculta entre sus pendientes raidas, desde donde se descubre el Hermón, nevado trono que se destaca en el infinito del cielo, las altas llanuras de Djaulán, el antiguo país de Galaad, tierra predilecta de las palomas bíblicas, y la bella cadena de Haurán, cuya blanca cresta semeja finísima nube flotante. Esa colina se cubre, en la primavera, de anémonas, de gamones y de lirios de admirable vestidura blanca; y bajo el cielo que tiende sobre ella su azulado *velarium*, ve pasar aquellos pájaros indolentes y alegres que el Padre celestial mantiene sin que siembren, trabajen ni cosechen. (3) Allí, en ese sitio, está sentado un hombre que lleva el traje hebreo; pero cuyo aspecto reviste una majestad que nada tiene de humana, y de cuyos ojos se desprende una dulzura infinita. Ante él forman semicírculo hasta una docena de varones, todos humildemente vestidos, que se preparan á recibir atentos y con veneración las palabras que van escapándose de los labios de su Maestro, con argentina lentitud, como la vibración de una campana de oro, cuya lengua no vuelve á sonar sino hasta que se ha perdido su postrera voz en las últimas ondas del confin.

"Bienaventurados los pobres de espíritu, dice aquel acento, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán á Dios.

Bienaventurados los pacíficos, porque hijos de Dios serán llamados.

Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos." (4)

Tal descende, como una lluvia de líquidos diamantes sobre el árida tierra que hasta entónces sólo produjera frutos de opresión y de ignominia, la palabra celeste que va á engendrar en el mundo el árbol de la fraternidad, á cuya sombra hallarán descanso los pueblos que por millares de años han sufrido. "Nunca el ideal y la ciencia de la felicidad, por la cual el corazón del hombre está alterado, se habían traducido bajo esta forma, con un acento más penetrante!" exclama justamente el más moderno de los biógrafos de Cristo. Y un insigne orador nuestro, (5) al comentar ante la juventud de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, ese pasaje de la vida del Salvador, prorrumpe en estos bellísimos conceptos: "¿Qué ha sucedido después de esta escena de alta elocuencia que los siglos no han visto repetirse? ¿Qué ha sucedido con las páginas de la filosofía estoica y con las paginas del sermón de la montaña, no escrito sino en el corazón de los hombres sencillos que lo escucharon? ¿Qué ha sucedido? . . . La clásica enseñanza de las escuelas nos ha iniciado á pocos escogidos, en las concepciones del estoicismo; pero pobres y ricos, ignorantes y sabios, todos los nacidos en el mundo civilizado, hemos aprendido al pecho de nuestras madres las divinas estrofas del orador del mundo. Los espíritus elevados y los hombres del poder habrán encontrado quizá en los hábiles discursos de Séneca, fortaleza y valor para sus altas y aristocráticas adversidades; pero sólo la frase sencilla y pura del poeta nazareno ha pasado de labio en labio durante diez y nueve siglos, derramando dulzuras sobre millones de hombres rudos y desheredados. En el silencio de las bibliotecas, el erudito, el literato y el filósofo han glosado fría y tranquilamente las doctrinas de Zenón y de Epicteto; pero el sermón de la mon-



taña ha sido glosado con sangre . . . ¡con sangre de tres siglos de martirio en los jardines de Nerón y en las bárbaras hecatombes del Circo. . . .!

Con efecto: así fué. Mas no sólo la sangre de los discípulos, sino la sangre misma del Redentor Nazareno puso el sello á la doctrina que enseñara en el valle del monte Koroum-Hattin, llamado desde entonces, de las Bienaventuranzas. Y esa doctrina se extiende con todas las lecciones evangélicas del uno al otro extremo de la tierra; que á imitación de Jesús, por donde quiera que sus discípulos van, en grandiosos términos y en frases magníficas se va loando la misericordia y revistiendo las desnudeces de la pobreza con un manto tachonado de estrellas, que hacen pensar en el cielo. Llega á divinizarse la caridad, por la boca del más soñador y más sensible de los apóstoles; (6) otro, al proclamar la misericordia, la sobrepone á la justicia, y de tal manera la sublima, que declara que es informe la fe sin la caridad; (7) y otro, aquel admirable cincelador del verbo cristiano, aquel tribuno que vierte la inspiración en centellas de fuego y en deslumbrantes fulgores, como el que á él mismo lo cegara en el camino de Damasco, hace oír este himno perielocuente á aquellos delicados griegos que al perder sus vasos, sus cuadros, sus estatuas y sus cinceladuras, riquezas que les fueron arrebatadas por el cónsul Mummio, habían sólo legado á sus hijos el sentimiento artístico:

"Si yo hablara lenguas de hombres y de ángeles y no tuviere caridad, soy como metal que suena ó campana que retiñe.

Y si tuviere profecía, y supiere todos los misterios y cuanto se puede saber: y si tuviere toda la fe, de manera que traspase los montes, y no tuviere caridad, nada soy.

Y si distribuyere todos mis bienes en dar de comer á los pobres, y si entregare mi cuerpo para ser quemado, y no tuviere caridad, nada me aprovecha.

La caridad es paciente, es benigna: la caridad no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece.

No es ambiciosa, no busca sus provechos, no se mueve á ira, no piensa mal.

No se goza de la iniquidad, mas se goza de la verdad

Todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

La caridad nunca fenecerá: aunque se hayan de acabar las profecías, y cesar las lenguas, y ser destruida la ciencia.

Y ahora permanecen estas cosas: la fe, la esperanza y la caridad: mas de éstas la mayor es la caridad." (8)

"¡La caridad nunca fenecerá!" dijo bien el Apóstol de las gentes; y este risueño presagio, esta promesa de consuelo que, según los exégetas, se refiere á este siglo y al otro, es decir, á la vida terrena y á la inmortal, en tanto que á los ojos del alma revela su cumplimiento más allá del mundo, con los ojos de la carne la vemos realizarse aquí en la tierra, causando desde sus orígenes profunda admiración á aquellos que ignoraban que se había renovado el *antiguo mandamiento* de la caridad hasta convertirse en un *nuevo mandamiento* que ya jamás caducaría, y que expresaban su asombro manifestando, por boca del último inspirado del genio ático literario, del gran Luciano, con qué indecible prontitud volaban los cristianos al socorro de sus desventurados correligionarios, sin que nada les molestara entonces y considerando como propia la agena desventura. (9)

Los fastos de la caridad, ciertamente, no guardan fecha alguna en blanco durante los diecinueve siglos que van corridos desde que la ley de amor fuera sancionada en el Gólgota con la sangre del Justo, del autor y promulgador de esa ley divina. El erudito copartícipe de Fenelón en la enseñanza de los nietos de Luis XIV, Fleury el abate, más tarde prior de Argenteuil, ha recopilado en un precioso libro la etnología de la cristiandad primitiva, valiéndose de los datos que le han proporcionado las obras de los Padres de la Iglesia: es una bellísima y delicada reproducción en miniatura, del cuadro admirable de aquellos tiempos de verdadera fe y de verdadero amor fraternal; pero si se quisieran conocer no las obras de la caridad en una época aislada, sino detalladamente cada una, se acometería una empresa imposible; y tan es así, que basta recordar que la colección "Acta Sanctorum," comenzada á publicar en 1643, por el jesuita Juan Bollandus, y que sólo narra los hechos de aquellos que por sus



virtudes (y no vale beatitud alguna sin caridad) reciben culto público en nuestros altares, después de más de dos siglos de trabajo casi incesante todavía no acaba de publicarse. Mas al menos quien quiera darse cuenta, aunque sea sucintamente, de lo que ha sido la caridad cristiana en los siglos apostólicos, en la Edad Media y en los tiempos modernos, lea el brillantísimo folleto que sobre ese asunto escribió el insigne Obispo de Orleans, Sr. Dupanloup, y los productos de la venta del cual folleto dedicó á aliviar la miseria que sufrían los obreros de la industria algodonera en Francia, á causa de una de esas crisis económicas que nadie prevee y que son una espada suspendida siempre sobre la cabeza de los trabajadores.

Allí pasan en revista los primeros discípulos de Cristo, anunciando en todas partes la ley del amor y poniéndola por obra; las matronas y senadores romanos, creyentes de la nueva fe, fundando los primeros hospitales en Occidente ó dedicando sus riquezas y su persona al servicio de los miserables, los obispos y los diáconos haciendo largos viajes para llevar socorro á los indigentes; la caridad, teniendo que introducir aquella nueva nomenclatura de los asilos, por razón del destino de cada uno de ellos, desde el *brephotrophium*, asilo de los expósitos y otros niños de pecho, hasta el *gerontochomium*, retiro de los ancianos; luego á los pontífices, salvando los pueblos de la espada de los bárbaros e interponiéndose más tarde para dirimir las contiendas de los reyes con los reyes y de éstos con sus mismos pueblos; los sacerdotes, domando la ferocidad de las gentes bárbaras del Norte, y haciéndolas caer de rodillas, abjurar el error y adoptar en el Evangelio el código de la moral más elevada; los monges, con la cruz en la mano, separando y haciendo darse treguas en sus luchas á los hombres batalladores de la edad de hierro de las armaduras; los caballeros hospitalarios yendo á proteger á sus hermanos débiles y á prepararles auxilio y socorro en el riñón mismo de las tierras de los infieles, á donde les arrastraba en peregrinación la fe más viva, ó bien, expatriándose para fundar en el suelo que empapó la sangre del Redentor, la abnegada Orden de los caballeros de S. Lázaro, que tenían por misión especial la de cuidar á los leprosos; San Ber-

nardo de Mentón fijando su morada en medio de las nieves eternas, para arrancar de la muerte á los infelices perdidos en la helada región de los Alpes; San Pedro Nolasco, creando la Orden redentora de los cautivos; los benedictinos, convirtiendo la Europa, roturando los desiertos y salvando la ciencia; los premonstratenses, los camaldulenses, y tantos otros religiosos extendiendo la hospitalidad cristiana hasta las más recónditas selvas; los hermanos de la *Buena Muerte*, consolando á los desvalidos en su hora postrera; los hermanos *enterradores*, dando sepultura á los cadáveres de los pobres; los hermanos enfermeros; los hermanos de las *Escuelas pías*, que instruían á los niños pobres; otros, cuidando de los enagenados; otros, llevando auxilio á los necesitados en los campos y en las ciudades; las religiosas del Buen Pastor y de la Magdalena, acogiendo á las pecadoras arrepentidas; los dominicos, franciscanos y agustinos, viniendo en *barcadas* á evangelizar el mundo descubierto por Colón, y protegiendo á los míseros indios contra la tiranía de los conquistadores; y en fin, San Vicente de Paul, bajo cuyos auspicios se crea la institución de las Hermanas de la Caridad, que ha derramado bienes y consuelos universales, y la sociedad de las Conferencias fundadas en 1833, extendidas hoy en el mundo entero y calificadas por el gran obispo de Orleans como "maravilla de la tierra."

Empero, nosotros los hijos de México, ¿qué necesidad tenemos de recurrir á la historia de todas las naciones, para reconocer la obra inmensa de la caridad, cuando abriendo sólo la nuestra encontraremos esa obra magníficamente realizada á cada renglón de la de aquellos tres siglos que prepararon á nuestra patria para que en el día feliz que alcanzara su autonomía pudiera mostrarse digna de su fortuna, por la altura de su civilización en el orden físico y moral? Ni aun tendríamos necesidad de reeorrer las páginas de nuestros anales para dar testimonio de esa verdad, cuando á cada paso se yerguen ante nosotros las creaciones entonces ejecutadas por la Beneficencia. Con todo ¿es tan grato evocar el recuerdo de memorias que nos son queridas, que no podemos prescindir de echar siquiera una simple ojeada sobre las obras que la caridad ha llevado á cabo en nuestro suelo, y de las cuales la primera es la grande y señalada em-